

## SARA

Era la mujer más hermosa que os pudierais imaginar. Hasta la segunda o la tercera noche no pude averiguar que se llamaba Sara. La primera vez que la vi era una tarde cualquiera de un agosto eterno, y yo me peleaba por no morir entre la desolación y el aburrimiento delante de un montón de apuntes para mis exámenes de septiembre. Los días de estudio en la biblioteca son todos iguales: la música de fondo en el ordenador, el murmullo de la gente entrando, saliendo y cuchicheando, y la sorpresa de ver en las caras de algunas personas gestos por los que se podría deducir, por sorprendente que parezca, que se lo están pasando bien. Podría describiros como era, o lo que sentí la primera vez que la vi pasar a mi lado por el pasillo, pero es probable que fracasara miserablemente, así que no lo intentaré. Pero aquella tarde ya no pude centrarme mucho más en los apuntes, y el resto de horas que estuve allí las dediqué a mirar su pelo, su ropa, su cintura, y a preguntarme qué coño me estaba pasando.

La siguiente tarde el ritual fue el mismo: llegar pronto e intentar estudiar, desviando cada diez segundos la mirada hacia la puerta esperando a que llegara Sara. Ella tampoco faltaba a la cita; es sólo que ella no sabía que era una cita. Se sentaba cada tarde en el mismo sitio y allí estábamos ambos hasta que ella se iba. No os podéis imaginar la cantidad de veces que estuve tentado de ir a intentar hablar con ella, pero mi condición natural de hombre tímido, asustadizo y reservado siempre me lo impidió.

Sin saber por qué, una de las últimas tardes de aquel mes de agosto tuve la absurda idea de empezar a espiar a Sara. Yo seguía sin saber cómo se llamaba, y todo lo que había averiguado de ella es que era zurda y que usaba un móvil a la moda; una vez la llamaron mientras estudiaba, y pude escuchar por primera vez su risa, y sentí como si me hubieran dado una patada en el estómago y me dieron celos absurdos del tipo que yo imaginaba que habría al otro lado del teléfono. Así que empecé a idear un plan para espiarla. Aquella biblioteca era de un centro cívico del barrio, por lo cual lo más probable era que ella fuera, como yo, socia de la biblioteca; era el único sitio cercano al que uno podía acercarse en momentos de desesperación y falta de dinero en busca de un buen libro. Al inscribirme, yo había dado no sólo mi nombre completo y una foto, sino también mi dirección y un número de teléfono de contacto; la sola idea de conseguir toda esa información de la preciosa desconocida hizo que se me acelerara el corazón. Así que durante algunos días más anduve buscando la manera de conseguir entrar en la biblioteca cuando no hubiera nadie para buscar la tarjeta de aquella mujer.

La primera noche la dediqué a intentar averiguar dónde carajo el bibliotecario guardaba las tarjetas de todos los miembros. La biblioteca tenía una mesa de madera vieja, semicircular, desde donde se vigilaba el panorama y se hacían los préstamos y devoluciones de libros. Yo nunca había estado detrás de la mesa, claro, y lo que más me sorprendió fue la cantidad de cajones que podía tener una sola mesa. Dediqué la mayoría del tiempo de aquella noche a forzar con cuidado la apertura de los cajones que necesitaban el uso de llave, hasta que encontré el que guardaba todas las fichas; sin embargo, eran más de las cuatro de la mañana y yo tenía que levantarme temprano para estudiar. Como el montón de fichas era bastante grande, decidí dejar el trabajo de búsqueda de la ficha de Sara para la noche siguiente.

La tarde del día siguiente, por supuesto, Sara no tenía ni idea de todo lo que había pasado allí la noche anterior. Volvió a colocarse en su sitio, como cada tarde, y se puso a

estudiar en silencio. Yo me había equivocado al coger los papeles y había traído a la biblioteca apuntes de una asignatura que no era la que tenía que estudiar, pero tampoco importó. Dedicué la tarde, como todas las otras, a pasarlas entre mirar al infinito y a su cuerpo. Su móvil vibró en un par de ocasiones.

Mi historia de amor con Sara acaba aquella misma noche. Volví a entrar en la biblioteca pasada la medianoche y, linterna en mano, volví a forzar el cajón donde guardaban las fichas. Resultó que el apellido de Sara era Rodríguez, así que me pasé un rato temiendo que ella no estuviera allí. Sé que estuve unos minutos mirando su nombre manuscrito por el bibliotecario, su foto, su dirección y su número de teléfono. Pasaba alternativamente de uno a otro, y al cabo del rato pude notar que me dolían las mandíbulas, no sé si de sonreír o de apretar los dientes. Decidí que ya que estaba allí llevaría un poco más allá y encendí el ordenador del bibliotecario: quería mirar si Sara había leído libros de allí, y cuáles eran. Estaba seguro de que tendríamos muchas cosas en común. Pero resultó que sólo leía libros de mierda, y que poco más había en aquella lista de préstamos que best-sellers y libros de autoayuda. Me largué de allí lo más rápido que pude, y al día siguiente cambié de biblioteca; aunque tuviera que hacer un camino más largo, no quería volver a encontrarme con aquella idiota. Por supuesto, suspendí todo en septiembre, y es algo que nunca le perdonaré a Sara. Ya que me quitó aquellas semanas de mi vida, al menos podría haber sido alguien que leyera libros mejores.

*Juan José Fernández Cerero*